

La personalidad del Dr. Juan Tomas Roig

Rafael Martínez Viera
Instituto de Investigaciones Fundamentales
en Agricultura Tropical (INIFAT)

Yo me quedaba estudiando y hasta pagaba clases particulares. Se burlaban de mí, de aquel guajirito ridículo, mal vestido y tímido. Pero en los exámenes todo fue distinto. Viajando de Boston a Nueva York nos dieron las notas. Yo había sacado la más alta y clasifiqué como A. Todos se extrañaron, aunque no tenían por qué. En La Habana se declararon nulos aquellos exámenes. Se hicieron otros. El tribunal calificador estaba integrado por algunos que habían sido clasificados en Harvard como B o C.”

El Dr. Juan Tomás Roig y Mesa nació en Santiago de las Vegas el 31 de mayo de 1877, hace 126 años. Debido al fallecimiento de su padre, que era Ingeniero Mecánico y hombre de vasta cultura, Juan Tomás comenzó a trabajar a los 12 años como aprendiz de tabaquero, para ayudar al sostenimiento de la familia. En sus ratos libres lee sin cesar, entre las burlas de algunos trabajadores. Decide emigrar a Cayo Hueso, donde la floreciente industria atraía a numerosos tabaqueros cubanos, desembarcando en territorio norteamericano cuando contaba 17 años. En este lugar frecuentó a Manuel Patricio Delgado, Director del periódico “Yara” y amigo del Apóstol, y al Coronel Juan Monzón, caído posteriormente en los campos de Cuba. Contribuye con el 10% de su salario a la causa libertadora y comienza a militar en el Partido Revolucionario Cubano.

Regresa a Cuba en el primer barco que sale después de terminar la guerra y vuelve a su antigua mesa de tabaquero. Pero, por suerte para Cuba y para la Ciencia, Roig no fue nunca un buen tabaquero, lo cual no escapó a su clara inteligencia. El sabía que no podía pedir a sus manos y a su oficio un porvenir me-

dianamente feliz para los suyos, por lo cual decidió buscar rumbos más propicios.

Comenzaba entonces, en el período de la primera Intervención Norteamericana, la estructuración de la Enseñanza Pública cubana, a la cual hallaron acceso numerosos hombres del pueblo que poseían suficiente cultura. El Gobierno instituyó exámenes especiales para otorgar títulos de Maestros Primarios, a los cuales se presentó Juan Tomás, aprobando y siendo nombrado por primera vez, el 6 de septiembre de 1901, en una escuela situada en El Rincón, con un sueldo de \$ 30.00 mensuales. Pasó después a Santiago de las Vegas, y posteriormente, a una escuela sita en Infanta y Velásquez. Fue trasladado luego a la escuela “Luz Caballero”, cerca de la Universidad, al mismo tiempo que se preparaba para los exámenes en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, donde terminó el Bachillerato.

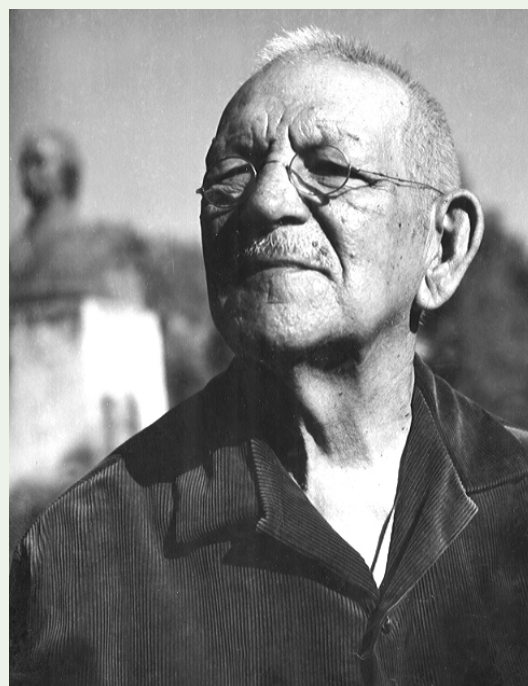
Entre éstos trajines, es seleccionado con un grupo de maestros para estudiar Inglés en la Universidad de Harvard durante dos meses. En relación con ésta estancia, dice Roig: “Muchos de los que habían ido pasaban el tiempo en fiestas y paseos. Yo me quedaba estudiando y hasta pagaba clases particulares. Se burlaban de mí, de aquel guajirito ridículo, mal vestido y tímido. Pero en los exámenes todo fue distinto. Viajando de Boston a Nueva York nos dieron las notas. Yo había sacado la más alta y clasifiqué como A. Todos se extrañaron, aunque no tenían por qué. En La Habana se declararon nulos aquellos exámenes. Se hicieron otros. El tribunal calificador estaba integrado por algunos que habían sido clasificados en Harvard como B o C.”

Obtiene una plaza de Profesor de Inglés y enseña en siete escuelas diseminadas por el Vedado, Atarés y Luyanó, trasladándose a dichos lugares en bicicleta. Al suprimirse la enseñanza del Idioma Inglés en 1903, volvió a la Primera Enseñanza. Ingresa en la Universidad y estudia al mismo tiempo las carreras de Perito Agrónomo, Farmacia, Ciencias Naturales y Ciencias Físico-Químicas. Durante su vida estudiantil fue ayudante de la Cátedra de Botánica y ganó distintos premios que lo ayudaron a costearse los estudios. En 1910, a los 33 años, se graduó de Doctor en Farmacia. En 1912 terminó las otras tres carreras. Presenta su Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Naturales el 16 de abril de 1912, ante un tribunal integrado por los Doctores Gómez de la Maza y Hoffman (catedráticos de Botánica) y Carlos de la Torre. Al terminar la disertación y los ejercicios oral y práctico el tribunal, casi sin consultarse, le dio la calificación de sobresaliente. Se llamaba su Tesis “Estudio de las Cactáceas cubanas”.

Y ya tenemos a aquel humilde tabaquero, al “guajirito ridículo”, como él mismo se llamaba, al maestro cuya presencia se hacía respetar y se imponía a los más díscolos alumnos, convertido en un flamante Doctor, poseedor de cuatro títulos universitarios, dispuesto a dedicar el resto de su vida, ya en los inicios de la madurez, a los estudios botánicos.

Uno de sus grandes amigos, el Lic. Guillermo Cid, dice refiriéndose a ésta inclinación: “Cuando Don Tomás se introdujo en el mundo sugerente de la Botánica no fue precisamente lo espectacular de esa Ciencia lo que lo atraía... Fue el gran potencial que representaba a sus ojos la flora cubana, como fuente de salud y bienestar, lo que lo impulsó a adentrarse en su seno verde de posibilidades infinitas para Cuba, que nacía al concierto internacional huérfana de ostensibles y fáciles fuentes de riquezas.”

“Cuando Don Tomás se introdujo en el mundo sugerente de la Botánica no fue precisamente lo espectacular de esa Ciencia lo que lo atraía... Fue el gran potencial que representaba a sus ojos la flora cubana, como fuente de salud y bienestar, lo que lo impulsó a adentrarse en su seno verde de posibilidades infinitas para Cuba



En 1913 comenzó a trabajar en la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas, ligado a la cual permaneció hasta su muerte, durante 58 años. Gigante visionario, descubrió que en la flora cubana hay un incommensurable caudal de riquezas, abandonadas por la desidia criolla. En el panorama de sus ideas, precisó la urgente necesidad de investigar, clasificar y divulgar en forma exhaustiva el patrimonio vegetal del país; de confeccionar el mapa botánico; de establecer zonas de reserva botánica; de intensificar los estudios ecológicos de la flora y de sus frutos; de clasificar la fisiografía; de establecer laboratorios de investigación fotoquímica; de dotar de jardines botánicos a todas las provincias. La mayor parte de estas visiones se han hecho ya realidad en Cuba y las que faltan lo serán en un tiempo no muy largo, todo por el empeño de la Revolución.

Realizó excursiones por todo el país, hasta las zonas más desconocidas, inventariando y estudiando los recursos vegetales y acrecentando las existencias del Herbario de la Estación. El conocimiento adquirido en estas excursiones le permitió tener una participación decisiva en todos los

libros publicados sobre la Flora de Cuba en el siglo XX, siendo coautor de uno de ellos con su antiguo maestro, el Dr. Gómez de la Maza, en 1914, redactando el capítulo “Flora Cubana” en el Apéndice del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, poniendo al día la obra de Pichardo para la famosa Enciclopedia Seguí y redactando, en colaboración con Julián Acuña, el estudio de varias familias para el libro “La Flora de Cuba” del Hermano León.

En 1928 se publicó el Boletín N° 54 de la Estación, que contenía el “Diccionario Botánico de nombres vulgares cubanos”, con 5009 epígrafes y artículos correspondientes a otros tantos nombres vulgares que identificaban a 2933 especies botánicas. En 1953, la Secretaría de Agricultura imprime una Segunda Edición, en la cual se incluyen 924 nombres vulgares adicionales, correspondientes a 400 nombres científicos. En 1963, el INRA preparó una Tercera Edición, a la cual se adicionan 462 nombres vulgares y 211 científicos. Es decir, que la última edición contenía 6395 nombres vulgares que identificaban a 3544 especies botánicas. Este Diccionario ha prestado servicios invalorable a botánicos, agrónomos,

farmacéuticos y estudiantes de muchos países y puede considerarse como una de las obras más importantes creadas por los científicos cubanos de todos los tiempos.

En 1945 publicó el libro “Plantas medicinales, aromáticas o venenosas de Cuba”, al mismo tiempo que el sabio realizaba una campaña de varios años, mediante artículos y conferencias, para lograr que se formara una comisión científica compuesta por botánicos, médicos, farmacéuticos, veterinarios y químicos, con el fin de estudiar las plantas cubanas reputadas como medicinales o calificadas de venenosas. En vista de que no era escuchado, se decidió a publicar el material que había ido recopilando a lo largo de su vida, lamentando que sólo pudiera abarcar los aspectos botánicos y ecológicos.

En el libro se presenta una pequeña monografía de todas las plantas descritas, en la cual se incluye el nombre científico, los vulgares cubanos y extranjeros, el habitat y la distribución geográfica, la descripción botánica, las partes que se emplean del vegetal, su aplicación en la medicina casera, la composición química y los mercados locales de las drogas crudas. La obra alcanzó resonancia universal, publicándose elogiosos comentarios en las revistas especializadas y agotándose en breve tiempo, constituyendo uno de los más importantes aportes de la vida científica del Dr. Roig.

Realizó el estudio de las especies cubanas de la Familia de las Flacurtiaceas, que contienen aceites análogos a los de la Chalmougra, único específico conocido en aquella época contra la lepra; se obtuvieron varios aceites que fueron utilizados con éxito en el Leprosorio del Rincón.

A consecuencia de la II Guerra Mundial, en Cuba había escasez de pro-

ductos botánicos farmacéuticos tales como manzanilla, te, ruibarbo, anís y otros que habían adquirido altos precios debido a la imposibilidad para traerlos de sus países de origen. El Dr. Roig, en los campos de la Estación Experimental Agronómica, obtuvo toda esa gama de la Farmacopea Botánica y demostró de manera práctica que en el país se pueden producir esas plantas que hasta entonces se ignoraba que pudieran ser cultivadas en suelo cubano.

Roig mantenía relaciones estrechas con los más grandes botánicos del mundo, y casi diariamente, recibía en su laboratorio a visitantes de todos los países. Numerosas especies nuevas, y hasta géneros, le fueron dedicadas por otros botánicos como reconocimiento a su prestigio, pudiendo citarse el género Roigia, dedicado por el Dr. Britton, Director del Jardín Botánico de Nueva York, y especies dedicadas por el sabio alemán Urban o por los americanos Percy Wilson, Britton, Kearney, Trilease y otros.

Como Roig era un científico dotado de un extraordinario espíritu práctico, ningún trabajo suyo se limitaba al éxito inicial, que muchas veces satisface a un investigador, como sería el localizar una nueva planta, estudiarla, clasificarla, publicar el descubrimiento y, con ello, dar por terminada su labor. Como verdadero naturalista que era, con un espíritu profundamente revolucionario, Roig condicionaba su trabajo a su aplicación práctica en beneficio del País.

A pesar de todos sus méritos, nunca pudo ocupar un puesto de profesor universitario. Su primer intento, en 1916, le causó grandes amarguras. Tan pronto como anunció su aspiración a quienes tenía como sus mejores amigos, todos le volvieron la espalda, combatiendo su aspiración con los medios más inesperados. Roig cometía el “horrendo crimen” de

romper con el frío academicismo, que se consideraba entonces consustancial con el espíritu científico, y se mostraba más bien como un divulgador, poniendo sus conocimientos al alcance del más humilde e iletrado de sus conciudadanos.

El Primero de Enero de 1959 se dio cuenta de que iba a empezar su cosecha. Reconoció pronto en los hombres que bajaban de la Sierra Maestra a los seguidores de aquellas huellas de los mambises que él había vislumbrado en sus interminables recorridos por los campos, bosques y costas de Cuba, en sus peregrinaciones de colector botánico. Y el mensaje de Fidel, no le sonó extraño. Aquel día fue recibido por Roig con un espíritu juvenil, dispuesto a dar el máximo de sus esfuerzos a pesar de sus 82 años.

La Revolución encuentra en él a un valioso combatiente, reconoce en su vida y en su obra a un legítimo hijo y empieza a pagar la deuda de honor del pueblo cubano con quien lo die- ra siempre todo y nunca reclamara nada. La Universidad de La Habana le otorga el título de Ingeniero Agrónomo Honoris Causa. Es miembro de la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias. Recibe homenajes del Colegio Nacional de Ingenieros Agrónomos y Azucareros, del Colegio Farmacéutico Nacional, de la Estación Experimental Agronómica y del INRA.

Hoy podemos decir con satisfacción que en Cuba están creadas todas las condiciones para que la obra de este sabio inspire y oriente a las nuevas generaciones de botánicos, agrónomos y farmacólogos que trabajan sobre las huellas científicas que les legara durante 57 años de trabajo en la que será centenaria en el año 2004 la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas, actualmente transformada en el Instituto de Investigaciones Fundamentales de Agricultura Tropical (INIFAT).